

tirémos que esta justa confesion no envuelve un elogio general de la política observada comunmente por la mencionada potencia; ni de la que con frecuencia ha seguido con nosotros mismos, ni tampoco de la que sucedió al rompimiento de Orizaba, pues en esta parte merece el cargo de debilidad, por no haber reclamado la violacion de un convenio solemne, con la que se le faltó á ella tanto como á nosotros.

La estudiada recopilacion de los supuestos agravios inferidos á España, no es otra cosa que el resumen de los discursos de Bermúdez de Castro y el marqués de la Habana, de Mon y Rios Rosas. Habiéndonor ocupado tan reciente y extensamente en refutarlos, no queremos fatigar á nuestros lectores con repeticiones innecesarias.

Las aduladoras alabanzas al gobierno imperial, no han podido venir en peor ocasion, que cuando ya la conciencia universal ha fallado en contra de sus planes atentatorios. Ese gobierno, á quien se pinta subordinando el lucro á los principios de moral, es el mismo que ha pedido doce millones por reclamaciones no examinadas, confesando que su importe, no puede llegar á tanto; el mismo que ha exigido quince millones por el negocio de Jecker, á pesar de haber confesado tambien que ni siquiera lo conoce ó lo comprende.

El objeto convenido por las tres potencias quedó completamente olvidado por la Francia, al proponerse otro de todo punto diverso. La seguridad de las personas y propiedades no la autoriza para cambiar las instituciones del país, ni para poner y quitar gobiernos, empresa mas dificultosa de lo que ha creído, y cuyos gravísimos inconvenientes ahora es cuando comenzará á palpar, no obstante la abundancia de medios de transporte, el ferrocarril proyectado, la salubridad de las nuevas regiones en que han acampado sus fuerzas, y la emulacion y celo de todos los servicios. Entre los tropiezos no calculados, hay que contar el que no estén los franceses en esta capital á los dos meses de pronunciado el discurso de David, para quien el negocio era obra de unos cuantos dias.

Si se trata de una invasion duradera ó de una conquista formal, muy larga va la permanencia aquí del ejército enemigo. La ocupacion de México no basta para la dominacion de la República, como acaba de probarlo elocuentemente la guerra de la Reforma, episodio que sin duda desconoce el baron David, á pesar de picarla de insituido en nuestra historia.

El atentado cometido con nosotros, lejos de producir los benéficos resultados que se anuncian, será el toque de alarma para las demas repúblicas nuestras hermanas, y convertirá en odiosa la hasta aquí agradable presencia de los súbditos de una nacion, que paga con invasiones piráticas la mas generosa hospitalidad.

David trata de resucitar la caballería andante que Cervantes mató: quiere convertir á la Francia en un Don Quijote, que salga por esos mundos de Dios á desfacer entuertos, á proteger doncellas desvalidas y princesas perseguidas por malignos encantadores. La tutela con que se amenaza á los pueblos débiles, estaria mejor empleada en la casa propia, donde el régimen del despotismo está acabando con las grandes conquistas intelectuales y morales, alcanzadas á costa de inmensos esfuerzos. El orden, la civilizacion, la gloria, son las palabras que sirven de máscara para disfrazar el principio de intervencion; que sólo Rios Rosas se ha atrevido á defender abiertamente en el congreso español. El oro francés, con que los pobres de Normandía quedarian tan beneficiados, la sangre francesa, derramada para destruir la libertad de un pueblo soberano, deberian escatimarse hasta el último centavo, hasta la última gota, en vez de emplearlos tan mal.

Lo de la causa de la civilizacion, el derecho y la humanidad, cosa es que ya en realidad empalaga, como final obligado de las altisonantes cartas particulares é instrucciones oficiales del emperador; de los sofisticos discursos del ministro sin cartera; de las mil y una proclamas del general Forey; de los panegíricos aduladores de David y otros oradores de su calaña. Basta ya, basta, señores, de charla tan desatinada; suprimid por caridad esa hojarasca, que no sirve ya para ocultar vuestra impúdica desnudez; dejad esas palabrotas para tema de los estudiantes de retórica, en cuya boca no correrán al ménos el peligro de estar como en las vuestras, antes, despues y siempre, en flagrante contradiccion con los hechos mas abominables.

Discurso de Favre.

El ilustre tribuno hubiera deseado no hacer uso de la palabra sino despues de Billault; pero se vió obligado á hablar antes que el órgano del gobierno imperial.

Refiriéndose al discurso del preopinante, dijo que los puntos que habia tocado

eran en la discusion de una importancia secundaria, por no afectar la esencia de la cuestion ni que Juarez tuviera ó no sobre sí culpas graves, ni que sea popular ó impopular en México, ni que la Inglaterra haya ó no obrado con altanería y perfidia, ni que la España haya desgarrado ó no el tratado de Londres.

Tampoco estuvo conforme con el programa encaminado á empeñar los intereses y fuerzas de la Francia en lejanas aventuras, para abrir salida á la actividad humana, cuando pueden ser tan necesarios al país en cosas verdaderamente importantes, sus tesoros y sus soldados.

Mas aun en el caso de que fueran lícitas y meritorias esas locas empresas, resultaria siempre de distinto género la de la expedicion á México, segun las explicaciones oficiales con que se anunció, las cuales, como recordó oportunamente Julio Favre, la representaban únicamente destinada á la reparacion de agravios, á la consecucion de garantías. Estos antecedentes fundan contra el gobierno imperial la acusacion de deslealtad y de perfidia.

Triste comprobacion de la influencia terrible de la calumnia, es ver á un hombre tan justificado como Julio Favre dar por ciertos los ultrajes de que se ha supuesto víctimas á los franceses en México. Si en vez de imputaciones vagas se descendiera á casos determinados, se advertiria desde luego la mala fé con que se han exagerado hechos escasos en número, de corta importancia, de pronta represion, de inmensa utilidad para los agraviados. No ya en tiempo de paz, en que han medrado asombrosamente los franceses: no tampoco en épocas de guerra civil, en que pocos ó ningunos perjuicios han experimentado, sino en el período que llevamos de lucha con la Francia, en la terrible crisis en que ha desarrollado un profundo sentimiento de indignacion la invasion pirática de nuestro suelo, esos franceses han sido tratados con una dulzura, con una generosidad, que serán para México un perpetuo timbre de honor. El país que así se conduce con ellos cuando los ve ya como enemigos, desmiente con hechos irrefragables las inculpaciones que se le hacen de haberlos ultrajado, cuando como amigos los consideraba.

Aunque preocupado Favre con el número y la importancia de los agravios hechos á sus compatriotas, advirtió que las reclamaciones dirigidas al gobierno de Juarez nacia de causas anteriores á su establecimiento en la capital, y correspondiente

en gran parte á la administracion reaccionaria que usurpó aquí el poder.

El orador entró con este motivo en explicaciones históricas, incurriendo en varios errores, como es costumbre en Europa hasta en los hombres mas ilustrados, tratándose de nuestros asuntos. Así por ejemplo, dijo que por haber sido combatida á mano armada la eleccion de Juarez para la presidencia, se vió en la necesidad de fugarse. Así tambien aseguró que habia sido larguísima su peregrinacion en los Estados Unidos.

Aplauda Julio Favre que Francia, Inglaterra y España, si hubieran puesto de acuerdo para obtener por la fuerza el respeto á los tratados infringidos; pero llama quimera la hipótesis salida del cerebro de los emigrados mexicanos, segun la cual, luego que se presentase una fuerza extranjera imponente, sería Juarez abandonado de todos los suyos y reemplazado con un gobierno nuevo. Advierte ademas muy cuerdamente, que si al elemento mexicano, se substituia el elemento mexicano, no alcanzaban las potencias interventoras las garantías que buscaban; y si se introducía el elemento extranjero, se daba cabida á un germen activo de disolucion en una nacion orgullosa de sí misma, como la mexicana.

Bajo el imperio del engaño en que se habia hecho caer á los negociadores, suponiéndose que los soldados extranjeros serian recibidos con coronas de flores, se pensó en levantar un trono en México para el archiduque Maximiliano. Amargamente se quejó Julio Favre de que al cuerpo legislativo que dispone de la Hacienda y tiene derecho de hacer advertencias al poder, se le hubiera ocultado tal proyecto, ó más bien, negado su existencia. Delujo de aquí, que ó guardó tan bien el secreto el ministro de negocios extranjeros, que nada sabia su compañero sin cartera, ó habia faltado éste á la verdad, engañando á la Cámara. Como en corroboracion de esta disyuntiva, fueron leídas las aseveraciones de Billault y las notas oficiales de Thouvenel, el argumento quedó sin respuesta satisfactoria.

De la discordia que separó de la Francia á la España y á la Inglaterra, saca dos consecuencias el orador: la primera, que eran exageradas las violencias cometidas con los extranjeros en México, pues de otra suerte no habrian visto las dos últimas potencias con desdén el peligro de las vidas y haciendas de sus nacionales: la segunda, que al continuar solo el gobierno

imperial una expedición aventurera, ponía en claro los motivos reales que lo impulsaban, y que deben oponerse á los motivos aparentes únicos conocidos de la Cámara.

¿Cuáles son los primeros? El orador los va enumerando por su orden.

Comienza por el de la instalación de Almonte, para la cual se hacia la Francia cómplice de la emigración mexicana, que desertando los verdaderos principios de la nacionalidad, apela al extranjero para recobrar un poder perdido. El resultado de ese paso en falso ha sido la reunión de todos los mexicanos para oponerse á la expedición francesa.

Favre considera el ultimatum de Saligny de ejecución imposible. Llama ligereza deplorable, para no emplear un término más severo, el modo con que se ha conducido este negocio, en el que se empezaba por reclamar doce millones de pesos, suma exagerada aun á los ojos del ministro de Relaciones del imperio. Lamentase con profunda indignación de que la Francia, que tiene detrás de sí un ejército, haya pedido sesenta millones de francos, con la conciencia de que no podían llegar á tanto los créditos de sus nacionales, aun comprendiendo los no convencionales.

Acerca del artículo relativo á Jecker, manifiesta su sorpresa de que se haya amenazado por primera vez con la guerra por un negocio puramente privado, y conocido como vergonzoso por cuantos han habitado en México. Sostiene con gran fuerza de lógica, que no era permitido ignorarlo al ministro de negocios extranjeros, bien que en la expedición á México se ha obrado con tal atolondramiento, que eran desconocidos los hombres, las cosas, las realidades que estaban en juego.

En este terreno bien favorable para el defensor de una buena causa, truena Favre con elocuencia irresistible contra el gobierno imperial, condenado irremisiblemente por sus propias confesiones. "No es permitido—exclama el justiciero orador, "empeñar negociaciones sobre incertidumbres, sobre hipótesis, sobre cifras que el menor exámen hará desvanecer y quizás hundir bajo la reprobación de la conciencia pública. La guerra no es un juego entregado á los caprichos de una vana ambición; cuando se empeña, cuando se lanzan flotas mas allá de los mares, cuando se priva á la patria de sus hijos y de su dinero, es preciso saber lo que se quiere hacer y lo que se quiere pedir." ¿Qué pudiéramos añadir nosotros á esos cargos

incontestables, expresados con la noble vehemencia de un corazón recto, lastimado por la iniquidad?

Tras de ese desahogo de moralidad, entra el probo diputado á examinar el negocio de Jecker, calificado por el representante de Inglaterra de robo manifiesto al público y al gobierno mexicano. Cuenta que el banquero suizo llegó pobre á este país, en el que adquirió una gran fortuna, hecho que prueba la facilidad de medrar en donde se supone que los intereses de los extranjeros son siempre sacrificados. Comprometida luego la casa de Jecker por empresas temerarias buscó el modo de levantarse en una combinación con Miramon, exhausto también de dinero, á pesar de haber acuñado moneda con la religión, según la costumbre del partido ultraclerical. Entre los asignados con que han inundado á México las diversas administraciones que ha tenido, figuraban los bonos Peza, que circulaban en el mercado al 6 p^o. La combinación, pues, consistió en recibir estos bonos al curso nominal, siempre que se refaccionaran con 25 p^o en numerario, y en emitir en lugar de ellos quince millones de pesos en papel-moneda, garantizados por el gobierno con el reembolso al cabo de cinco años, por medio de anualidades. La casa Jecker, encargada de la emisión, tenía una utilidad de 3.750,900 pesos: cobraba además una comisión de 20 p^o, que ascendía á otros 750,000, y el dinero quedaba en su poder como garantía del crédito, con el pretexto de que ella debía pagar los réditos de cada semestre. Resultaba de la operación, que se negociaba un empréstito con el 90 p^o de descuento. Pero en la Tesorería de México no entró lo que debía percibir, pues. . . . 1.490,428 pesos que recibió, fueron en dinero, bonos de diversas clases, órdenes, créditos y vestuario. De los quince millones emitidos, más de catorce quedaron en poder de Jecker, que no logró negociarlos.

Se conoce que Julio Favre ha estudiado este negocio, en cuyo relato no incurre sino en ligeras inexactitudes, de las que creemos oportuno señalar las principales. Los bonos Peza se emitieron en 1858. En el mercado llegaron á circular hasta al medio p^o. La comisión cobrada por la casa Jecker era de cinco por ciento. El rédito de seis por ciento estaba garantizado á medias por la casa y por la misma Tesorería general.

A la consignación de los hechos sigue su apreciación. El diputado opositor se lamenta de que por un asunto semejan-

te se derrame la sangre de los soldados franceses y de los soldados mexicanos; siente que sean esas las lecciones de moral y de civilización que va á dar al mundo la Francia.

Sobre la cuestión relativa á saber si Jecker conserva los bonos ó los ha hecho pasar á otras manos, su correspondencia interceptada dá á entender que le han servido para ganar el apoyo de altos personajes y funcionarios. Punto es este que, en concepto del orador, debía el *Moniteur* desmentir oficialmente: pero nosotros creamos que las declaraciones oficiales son ineficaces para desvanecer la verdad de las cosas.

La naturalización de Jecker es inexplicable para Favre, como que lo hace ciudadano francés, cuando ya se había revelado que sus créditos encubrían una verdadera estafa, pudiéndose inferir de aquí que se ha dado auxilio á una reclamación dañada. Tal consideración obliga al gobierno francés á disipar las tristes sombras que se ciernen sobre la probidad de sus agentes, por no ser posible que pase impunemente en la vida pública, lo que en la privada sería castigado por las leyes y los tribunales.

Por la justa repugnancia de la Inglaterra y de la España á hacerse solidarias de un ultimatum inadmisibile, se resolvió la guerra, en la que no se proveyó á las tropas del material y de los medios necesarios para que pudieran triunfar fácilmente.

La conducta del gobierno imperial vuelve ser severamente condenada por el orador, en razón de estar en pugna con el respeto debido al sufragio universal, principio que el mismo gobierno proclama á todas horas. Una vez que México ofrecía garantías, no había necesidad de derribar á Juárez. Esta empresa, además, no ha sido tan sencilla como se pintaba, al afirmarse que se realizaria con un soplo, con la simple presencia de las legiones francesas. La sangre ha corrido sin fruto, y el resultado probará que es una ilusión creer que se va á levantar sobre la arena un edificio sólido.

Como los ministros imperiales no dijeron toda la verdad á la Cámara cuando se les interrogó, se han visto después obligados á completarla como han podido. Han agregado, pues, que se quería resistir á la América del Norte, cuando por el contrario se le llama, cuando se va á crear en la América del Sur un punto que llegará á ser el campo de batalla, donde se

encontrarán los Estados Unidos y la Europa.

Recuerde Favre que el año pasado aconsejó que se pusiese término á una expedición infaustamente emprendida, sin que supiese entonces que las tropas francesas hubieran sufrido un descalabro, por haberse estrellado, en número suficiente, contra murallas de granito.

Aunque en lo general el discurso de Favre descansa en raciocinios tan sólidos, que hacen inútil todo comentario, y por eso con frecuencia nos limitamos á extractarlo; cuando le tocan ciertas fibras, se acuerda de que es francés, y sufre entonces momentáneos descarríos. Solamente así se explica que atribuya el desastre de Laurece, á causas cuya falsedad es patente. El número de los soldados de ese general no era insuficiente, si con esa palabra se quiere dar á entender que había superioridad numérica en la fuerza que lo venció. Las murallas de granito fueron, reduciendo una expresión poética á su prosáica realidad, unos cuantos montones de tierra levantados á la carrera la noche anterior al combate, y que no privaron á nuestros soldados de la gloria de pelear á pecho descubierto contra esos franceses pródigos de su existencia, á quienes se cuenta que nada les resiste.

El orador, extraviado instantáneamente, recobró en el acto su sano criterio, para contrariar la aseveración de David, de que bastaría ocupar á México para ser dueños del país. Recordó, con tal motivo, la vasta extensión de éste, la existencia de muchas ciudades importantes. Suponiendo el caso de que, una vez ocupada la capital, se estableciera el gobierno de Almonte, el de Maximiliano ó el de cualquiera otro príncipe de Alemania, fecunda en soberanos; sostuvo que habría siempre necesidad de perseguir en el interior de la República al representante de la nacionalidad mexicana, tarea para la que no bastarian todos los tesoros de la Francia.

Agregó que lo que hoy se dice del honor de la bandera, será forzoso repetirlo mañana, y caminándose de falta en falta, resultará la imposibilidad de retirarse, con lo que se convertirá la cuestión de México en una nueva ocupación de Roma, sin la gloria de haber sostenido un gran principio, y se gastarán por año cincuenta millones de francos, y se enviarán también por año treinta mil hombres.

La conclusión del elocuente tribuno, fué un enérgico resumen de su peroración. La expedición fué emprendida por informes

mentirosos. Las condiciones inaceptables del ultimatum francés, ocasionaron la ruptura con España y con Inglaterra. La guerra se prolonga, con infracción de los derechos de los mexicanos, con mengua de los intereses de la Francia. La Cámara debía separar su responsabilidad de la del gobierno, imitando al orador que salvó la suya por medio de una protesta solemne.

Discurso de Billault.

Con el énfasis que le es genial, se comprometió el audaz ministro sin cartera, á vindicar completamente la política de la Francia, de todas las acusaciones que se le habian dirigido. Ya veremos cuán mal cumplida fué esta arrogante promesa.

Billault se quejó de que, en ciertas frases de la enmienda, se hubiera faltado á la cortesía del lenguaje, que es de uso tradicional en los gobiernos parlamentarios, é indicó que tal libertad probaba la de la emisión de los pensamientos.

Nosotros no hemos encontrado la descortesía que se menciona, por lo cual creemos que los oídos del ministro, acostumbrados al acento de la adulación, encuentra duras todas las palabras pronunciadas en el tono severo, aunque templado de la verdad. En cuanto á la libertad del pensamiento, comprobantes innegables son de su falta de existencia, la prohibición de que la prensa hable de los negocios de México, á no ser en sentido imperialista, y la detención en la frontera de cuanto se escribe en países extranjeros contra la política napoleónica. En la misma tribuna, el orador de oposición no puede formular sus reconvenções sino en medio de rumores y reclamaciones incesantes, que acaban por ahogar su voz, ó por decirlo así, á callarse, como sucedió á Julio Favre en su réplica al discurso que vamos á analizar.

Para justificar la expedición, recordó Billault las falsas alegaciones presentadas como causas suficientes para determinarla. La servil asamblea que le escuchaba, las admitió todas como probadas, cuando en manera alguna lo están.

Negamos que tenga la Francia motivo para quejarse de tres convenciones sucesivas; las de 1853, 1859 y 1861. La primera ha sido tan fielmente observada, que no falta para su final cumplimiento, mas que el pago de una cantidad insignificante, que estaria ya cubierta á no ser por la expedición. La segunda ha sido igualmente

respetada, no obstante la especie de alvosía con que se celebró, en circunstancias terribles para el país, con el gobierno constitucional, á quien únicamente se reconocia para cobrarle. La tercera no llegó á formalizarse, por falta de la indispensable aprobación del Congreso mexicano, siendo muy de extrañar que todo un ministro del emperador dé el nombre impropio de convención á un proyecto de arreglo que no llegó á asumir aquel carácter.

Negamos que las convenciones mencionadas estipulasen únicamente la reparación de asesinatos, estorsiones, saqueos y robos. Estipulaban tambien, en no pequeñas escalas, el pago de perjuicios imaginarios, ó indemnizaciones que salian á razon de ciento por uno. La escandalosa dependencia en que hemos vivido hasta aquí de la diplomacia extranjera, hacia figurar como crédito convencionales abusos de todo género. Si algunas sumas provenian de atentados verdaderos, en ellos ninguna parte tenian las autoridades supremas, que jamás han intervenido en saqueos y asesinatos. Y por otra parte, si por esos atentados verdaderos ó falsos, estaba ya estipulada la correspondiente reparación; y si ésta, como hemos visto, se llevaba á efecto con exactitud, habia desaparecido ya todo motivo de queja contra un gobierno que habia pasado por cuanto se le habia exigido en favor de los interesados.

Negamos que Juárez haya violado las convenciones, rehusando cumplirlas y apoderándose de los fondos que les estaban consignados. Una breve suspensión temporal, exigida por el deber de la propia conservación, no merece cargos tan fuertes. Además, la suspensión se derogó, dejando las cosas en el estado que guardaban anteriormente. Cualquiera culpa que hubiera habido con la medida, quedaba remediada con la derogación.

Negamos que la población francesa haya sido víctima de violencias brutales, de expoliaciones y tratamientos odiosos de todo género. Léjos de que sean ciertas esas acusaciones, lo verdadero, lo histórico, es que se ha tratado á los franceses con especial benevolencia, antes y despues de la injusta guerra hecha á México por su gobierno, con el pretexto de favorecerlos. Jamás nación alguna ha observado una conducta tan circunspecta y generosa con los hermanos del ejército enemigo, encargado de una injusta invasión.

En esta cuestión de supuestas atrocidades, se han trocado los papeles: Billault, á quien correspondia probar sus cargos, se

ha contentado con hacer preguntas capciosas á una asamblea aduladora, que respondia á todo que sí, como el Lazarillo de D. Simplicio: nosotros, á quienes sólo incumbia negar, en espera de demostraciones formales, hemos probado la falsedad de las acusaciones dirigidas contra nuestra patria.

El órgano del gobierno imperial afirma, que al enviar á México un ministro á principios de 1861, se tenia el propósito de olvidar todas las extorsiones anteriores; pero que faltas de fé incesantes, y la anarquía fomentada por el mismo gobierno mexicano, hicieron indispensable la represión.

En esta inculpación, como en todas las otras, se recurre á vagas generalidades, por falta de hechos que citar. Ni un sólo acto se menciona de esa mala fé que se llama incensante. Otro tanto sucede con la anarquía gubernativa, é imitándose la prueba en esta parte, á la inserción de unas notas de Sir Charles Wyke, de la época en que las escribia en términos tan denigrativos, que no habia tenido empacho en suscribir las el mismo Dubois de Saligny. Pero es claro que no son las comunicaciones declamatorias de ministros malévolos ó preocupados, sino actos positivos y nominales, lo que debe servir de comprobación de graves acusaciones.

Y aun suponiéndolas fundadas, su existencia serviría para justificar la reparación de los agravios inferidos, la petición de garantías sólida, no para intervenir en nuestros asuntos domésticos, no para imponernos la monarquía, no para traernos hasta el príncipe destinado á sentarse en el trono. De estas pretensiones inadmisibles, que en niugún derecho pueden apoyarse, se hace punto omiso para eludir la dificultad, ya que no es dable vencerla.

Empéñase Billault en presentar como guiadas por iguales motivos, á las tres potencias que celebraron el tratado de Londres, siendo así que fueron diversos sus intereses y sus intenciones. Sin la insistencia formal de la Inglaterra, apoyada por la España, no se habria puesto la cláusula que prohibia la intervención. Sin la oposición de los comisarios de esas naciones, habria pasado el sin igual ultimatum de Saligny. Sin la disidencia que ocasionó la ruptura de Orizaba, estaríamos hoy en guerra con ingleses, franceses y españoles. Todas estas desavenencias, aunque posteriores al tratado, corroboran que en su celebración no hubo mas que un acuerdo aparente, que no podia ser duradero, porque

miétras dos de las altas partes contratantes habian convenido de buena fé en sus estipulaciones, la tercera se habia propuesto dolosamente violarlas en la primera oportunidad.

Por muy ofendido se da el ministro sin cartera, de que Favre lo hubiera acusado de haber engañado á la cámara, pero no desmiente la acusación, sino diciendo que no ha sido la causa verdadera de la expedición, ese fantasma de trono por levantar, en provecho de un príncipe extranjero; y que el gobierno habló primero del honor de la Francia que habia que vengar, y luego de la ventaja que haria en fundar en México un gobierno serio y responsable, segun la voluntad del país.

Por principio de cuentas hay que advertir, que la serie de acontecimientos ocurridos de un año á esta parte, no puede dejar duda, ni al mas incrédulo, de que en lo que ménos ha pensado el gobierno imperial, ha sido en acatar la opinion nacional de México; bien explícita desde la llegada de los aliados, y cada vez mas claramente manifestada.

Hoy sólo los ciegos no ven que México repugna la intervención extranjera, que ningun sacrificio excusa para contrariarla, que detesta la monarquía, que sanciona dia por dia la legitimidad del gobierno existente. La exploración que venia á hacerse, segun tantas veces se ha repetido, de los deseos de los mexicanos, está ya tan perfeccionada, que si ese hubiese sido realmente y de buena fé el objeto propuesto, á mas del de la reparación de agravios, no se llevaria adelante una empresa, cuyo fin estaba alcanzado. La guerra continúa, sin embargo: las últimas instrucciones conocidas de Napoleon á Forey, le prescriben la ocupación de la capital, la destrucción del gobierno de Juárez, el establecimiento de otro amparado por las bayonetas extranjeras, la permanencia indefinida del ejército francés en nuestro país. Las palabras y los actos del emperador, están en completa discordancia.

A esta fundada deducción, se agrega la ocultación en el anterior período de sesiones del cuerpo legislativo, de constancias oficiales que han venido á conocerse despues. En Marzo de 1862, decia Billault, que no era formal el gran secreto de la diplomacia, relativo al entronizamiento en México de un príncipe extranjero; y que preguntado sobre el particular, el ministro de negocios extranjeros habia desmentido esos rumores. Pues bien, Billault faltaba